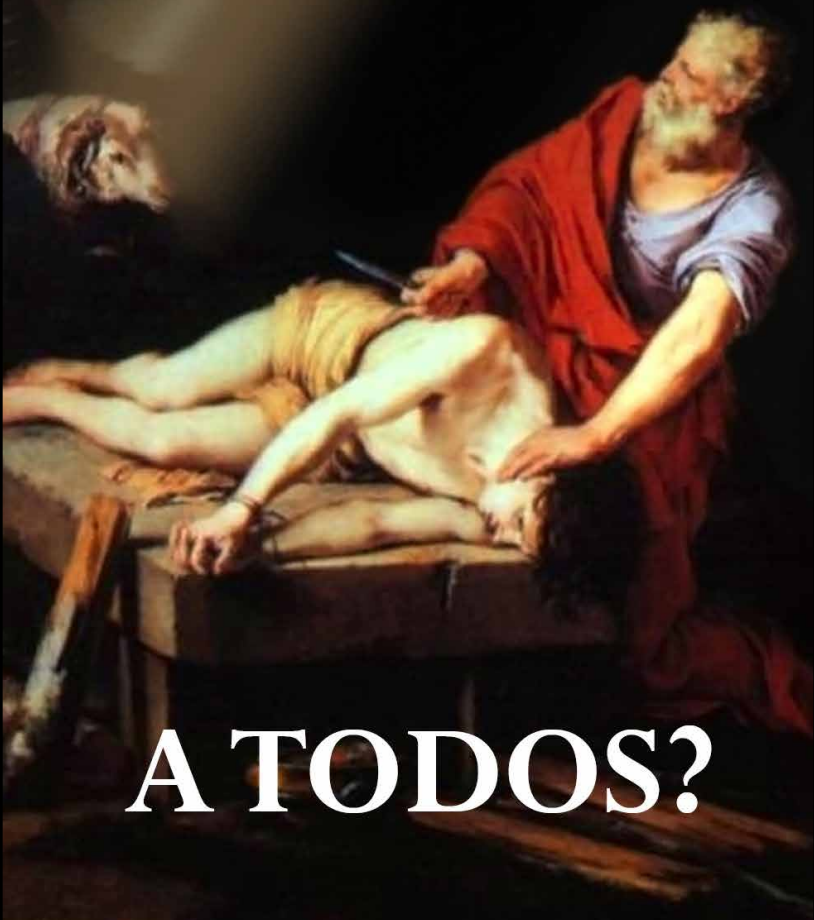


¿AMA DIOS



A TODOS?

ARTHUR W. PINK (1886-1952)

¿AMA DIOS A TODOS?

Contenido

1. Juan 3:16	6
2. 2 Pedro 3:9.....	11
3. Ninguna resistirá al Espíritu Santo.....	14
4. ¿Por qué predicar a toda criatura?	16

© Copyright 2020: Ernesto Rodríguez Cruz, traducción en español. Impreso en los Estados Unidos por Chapel Library con permiso. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más allá de una suma nominal por el costo de la duplicación; 2) este aviso de copyright y todo el texto de esta página estén incluidos.

Chapel Library es un ministerio de fe que depende completamente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero agradecidos, recibimos el apoyo de aquellos que desean dar libremente. Chapel Library no necesariamente está de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

En todo el mundo, descargue material sin cargo desde nuestro sitio web, o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En **Norteamérica**, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo de siglos anteriores, comuníquese con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
(850) 438-6666 • fax (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Información del traductor

GLORIA DE JESUCRISTO

Ernesto Rodríguez Cruz
evangelio.a.toda.criatura@gmail.com
www.GloriaDeJesucristo.com

¿Ama Dios a todos?

UNA de las creencias más populares de esta época es que Dios ama a todos, y el mismo hecho de que sea una creencia tan popular entre todas las clases de personas debería ser suficiente para despertar las sospechas de aquellos que están sujetos a la Palabra de Verdad. El amor de Dios hacia todas sus criaturas es el principio fundamental y favorito de los universalistas, unitarios, teósofos, científicos cristianos, espiritualistas, russellistas,¹ etc. No importa si un hombre vive desafiando abiertamente al cielo, sin preocuparse en absoluto por los intereses eternos de su alma, o si no le importa la gloria de Dios, o si muere maldiciendo con sus labios; sin embargo dicen que Dios ama a tal persona. Este dogma se ha proclamado tan ampliamente y es tan reconfortante para el corazón que está en enemistad con Dios, que tenemos pocas esperanzas de convencer a muchos de los lectores de sus errores.

Podemos decir que el dogma de que Dios ama a todos es una creencia bastante moderna. Los escritos de los padres de la iglesia, los reformadores o los puri-

¹ **Universalismo:** creencia de que todas las personas se salvarán.

Unitarismo: movimiento teológico que niega la Trinidad.

Teosofía: búsqueda esotérica de lo divino.

Científicos cristianos: Idealismo filosófico que afirma que el mundo físico es una ilusión, y que la única realidad es espiritual.

Espiritualismo: implica la comunicación con “guías espirituales”.

Russellitas: secta de los testigos de Jehová.

tanos (según creemos) podrían ser investigados en vano en busca de tal concepto. Cautivado por el libro de Drummond titulado *La más grandiosa cosa del mundo*, quizás el difunto D. L. Moody, hizo más que nadie en el último siglo para popularizar este concepto.

Ha sido costumbre decir que Dios ama al pecador aunque odia su pecado. Pero esa es una distinción sin sentido. ¿Qué hay en un pecador sino pecado? ¿Acaso no es cierto que en el pecador toda la “cabeza está enferma” y todo su corazón desfallecido, y que “desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana”? (Isaías 1:5-6). ¿Será cierto que Dios ama al que desprecia y rechaza a su bendito Hijo? Dios es Luz tanto como Amor, y por lo tanto Su amor debe ser un amor santo. Decirle al que rechaza a Cristo que Dios lo ama es cauterizar su conciencia, y además es darle un sentido de seguridad en relación a sus pecados. El hecho es que el amor de Dios es una verdad solo para los santos, y presentarla a los enemigos de Dios es tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos (Mt 15:26). Con la excepción de Juan 3:16, ¡ni una sola vez en los cuatro evangelios leemos acerca del Señor Jesús, el maestro perfecto, diciendo a los pecadores que ¡Dios los ama! En el libro de los Hechos, que registra las labores evangelísticas y los mensajes de los apóstoles, nunca se hace referencia al amor de Dios! Pero cuando llegamos a las epístolas, que están dirigidas a los santos, tenemos una presentación completa de esta preciosa verdad: el amor de Dios por los suyos.

Busquemos dividir correctamente la Palabra de Dios y entonces no seremos hallados tomando verdades que están dirigidas a los creyentes y aplicándolas

mal a los incrédulos. Lo que los pecadores necesitan que se les muestre es la santidad indescriptible, la justicia inflexible y exigente, y la terrible ira de Dios. Arriesgándonos al peligro de ser malinterpretados, diremos, y nos gustaría poder decírselo a todos los evangelistas y predicadores del país, que de parte de los sanos en la fe: hay demasiadas presentaciones acerca de Cristo a los pecadores de hoy, pero muy pocas de estas muestran a los pecadores su necesidad de Cristo, es decir, su condición absolutamente arruinada y perdida, su inminente y terrible peligro de sufrir la ira venidera, la terrible culpa que recae sobre ellos ante los ojos de Dios. Presentar a Cristo a aquellos a quienes nunca se les ha mostrado su necesidad de Él, es más bien, hacerse culpable de echar las perlas delante de los cerdos (Mt 7:6).

Si es verdad que Dios ama a todos los miembros de la familia humana, entonces ¿por qué nuestro Señor les dijo a Sus discípulos: "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará" (Jn 14:23)? ¿Por qué decir: "El que me ama, será amado por mi Padre", si el Padre ama a todos? La misma limitación se encuentra en Proverbios 8:17: "Yo amo a los que me aman". Nuevamente leemos: "Aborreces a todos los que hacen iniquidad", esto no se refiere meramente las obras de iniquidad. Sino que aquí hay un rechazo rotundo de la enseñanza actual de que Dios odia el pecado pero ama al pecador: la Escritura dice: ¡"Aborreces a todos los que hacen iniquidad" (Sal 5:5)! "Dios está airado contra el impío todos los días" (Sal 7:11). "El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn 3:36), no se

nos dice que la ira “estará”, sino que ahora mismo, ya “está sobre él” (Jn 3:36). ¿Puede Dios “amar” a aquel sobre el cual está Su “ira”?

Leemos en Romanos 8:39: “el amor de Dios, que es en Cristo Jesús”. Una vez más, ¿no es evidente que estas palabras marcan una limitación, tanto en la esfera como en los objetos, de Su amor? Leamos una vez más en Romanos 9:13: “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”, ¿no queda claro por estas palabras que Dios no ama a todos? Y nuevamente leemos que está escrito: “Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo” (He 12:6). ¿Acaso no enseña este versículo que el amor de Dios se limita a los miembros de su propia familia? Si Él ama a todos los hombres sin excepción, entonces la distinción y limitación aquí mencionadas carecen de sentido. Finalmente, deberíamos preguntar: ¿acaso es concebible que Dios amará a aquellos que sean condenados al Lago de fuego? Porque si Dios ama ahora a todos los pecadores, también tendrá que amarlos cuando estén en el Lago de fuego ya que el amor de Dios jamás cambia. En Dios “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Stg 1:17).

1. Juan 3:16

Volviendo ahora a Juan 3:16, debería ser evidente por los pasajes que acabamos de citar que este versículo no apoya la interpretación que generalmente se le da al mismo. “Porque de tal manera amó Dios al mundo”. Muchos suponen que esto significa toda la raza humana. Pero “toda la raza humana” incluye a toda la humanidad desde Adán hasta el final de la historia de la tierra; ¡abarca tanto hacia atrás como hacia

adelante! Considere, entonces, la historia de la humanidad antes del nacimiento de Cristo. Innumerables millones vivieron y murieron antes de que el Salvador viniera a la tierra; ellos vivieron aquí “sin esperanza y sin Dios en el mundo” y, por lo tanto, pasaron a una eternidad de aflicción. Si Dios los “amó”, ¿dónde está la más mínima prueba de ello? La Escritura declara que: “En las edades pasadas [es decir, desde la torre de Babel hasta después de Pentecostés] él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos” (Hch 14:16). La Escritura declara: “Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen” (Rm 1:28). Dios dijo a Israel: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra” (Am 3:2). En vista de estos sencillos pasajes, ¿quién sería tan tonto como para insistir en que Dios en el pasado amó a toda la humanidad?

Lo mismo se aplica con igual fuerza al futuro. Lea el libro de Apocalipsis, especialmente los capítulos 8 al 19, donde tenemos descritos los juicios que se derramarán del cielo sobre esta tierra. Lea acerca de los espantosos males, las espantosas plagas, las copas de la ira de Dios, que serán vaciadas sobre los impíos. Finalmente, lea el capítulo veinte de Apocalipsis, el juicio en el gran trono blanco, y vea si puede descubrir allí el más mínimo rastro de amor.

Pero el objetor regresa a Juan 3:16 y dice: “Mundo significa mundo”. Es cierto, pero hemos demostrado que “el mundo” no significa toda la familia humana. El hecho es que “el mundo” se usa de manera general. Cuando los hermanos de Cristo dijeron: “manifiéstate al mundo” (Jn 7:4), ¿querían decir “manifiéstate a to-

da la humanidad”? Cuando los fariseos dijeron: “Mirad, el mundo se va tras él” (Jn 12:19), ¿querían decir que toda la familia humana acudía en masa tras él? Cuando el apóstol escribió: “vuestra fe se divulga por todo el mundo” (Rom 1:8), ¿quiso decir que la fe de los santos en Roma fue el tema de conversación de todo hombre, mujer y niño de la tierra? Cuando Apocalipsis 13:3 nos informa que “se maravilló toda la tierra en pos de la bestia”, ¿debemos entender que no habrá excepciones? Estos, y otros pasajes que podrían citarse, muestran que el término “mundo” a menudo tiene una fuerza relativa, más que absoluta.

Ahora, lo primero que hay que notar en relación con Juan 3:16 es que nuestro Señor estaba allí hablando con Nicodemo, un hombre que creía que las misericordias de Dios se limitaban a su propia nación. Fue ahí que Cristo anunció que el amor de Dios al dar a Su Hijo tenía un objetivo más grande a la vista: que fluía más allá de los límites de Palestina, llegando a «lugares más lejanos». En otras palabras, este fue el anuncio de Cristo de que Dios tenía un propósito de gracia tanto para los gentiles como para los judíos. Entonces, la frase: “de tal manera amó Dios al mundo” significa que el amor de Dios tiene un alcance internacional. Pero, ¿significa esto que Dios ama a cada individuo entre los gentiles? No necesariamente, ya que como hemos visto, el término “mundo” es más general que específico, es más bien relativo que absoluto. El término “mundo” en sí mismo no es concluyente. Para determinar quiénes son los objetos del amor de Dios, se deben consultar otros pasajes donde se menciona Su amor.

En 2 Pedro 2:5, leemos sobre “el mundo de los impíos”. Entonces, si hay un mundo de los impíos; tam-

bién debe haber un mundo de los piadosos. Precisamente estos últimos (los piadosos), son aquellos de quienes se habla en los pasajes que ahora consideraremos brevemente. “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo” (Jn 6:33). Ahora fíjense bien, Cristo no dijo: “ofrece vida al mundo”, sino “da”. ¿Cuál es la diferencia entre los dos términos? Que una cosa que se “ofrece” puede ser rechazada, pero una cosa “dada” implica necesariamente su aceptación. Si no se acepta, no se “da”; simplemente se ofrece. Aquí, entonces, hay una Escritura que afirma positivamente que Cristo da vida (vida espiritual, eterna) “al mundo”. Ahora bien, Él no le da vida eterna al “mundo de los impíos” porque no la recibirían; ellos no la quieren. Por lo tanto, estamos obligados a entender que la referencia en Juan 6:33 es al “mundo de los piadosos”, es decir, al propio pueblo de Dios.

Otra cita en 2 Corintios 5:19 dice: “que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” Lo que se quiere decir con esto se define claramente en las palabras que siguen inmediatamente, “no tomándoles en cuenta... sus pecados”. Aquí nuevamente, “el mundo” no puede significar “el mundo de los impíos”, porque sus “pecados” sí les son “imputados”, como será demostrado con el juicio del gran trono blanco. Pero 2 Corintios 5:19 enseña claramente que hay un “mundo” que está “reconciliado”, reconciliado con Dios porque sus pecados no les son tomados en cuenta, porque esos pecados han sido cargados sobre su Sustituto. ¿Quiénes son aquellos que se les llama “mundo”? Solo una respuesta podría ser posible: ¡el mundo del pueblo de Dios!

De la misma manera, el “mundo” en Juan 3:16 debe referirse, en última instancia, al mundo del pueblo de Dios. Decimos que “debe” referirse porque no hay otra solución alternativa. No puede significar toda la raza humana, porque la mitad de la humanidad ya estaba en el infierno cuando Cristo vino a la tierra. Es injusto insistir en que “el mundo” significa cada ser humano que vive ahora, porque todos los demás pasajes del Nuevo Testamento donde se menciona el amor de Dios, lo limita a Su propio pueblo: ¡busque y vea! Los objetos del amor de Dios en Juan 3:16 son precisamente los mismos que los objetos del amor de Cristo en Juan 13:1: “Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. Podemos admitir que nuestra interpretación de Juan 3:16 no es nueva inventada por nosotros, sino una dada casi uniformemente por los reformadores y puritanos, y muchos otros desde entonces.

Es extraño, pero es cierto, que muchos que reconocen el gobierno soberano de Dios sobre las cosas materiales se quejarán y argumentarán con sutilezas² cuando insistamos en que Dios también es soberano en el ámbito espiritual. Pero su disputa es con Dios y no con nosotros. Hemos presentado las Escrituras en apoyo de todo lo expuesto en estas páginas, y si eso no satisface a nuestros lectores, es inútil que tratemos de convencerlos. Lo que escribimos ahora está diseñado para aquellos que se inclinan ante la autoridad de las Sagradas Escrituras, y para beneficio de ellos, propo-

² **Argumentar con sutileza:** tratar de torcer el significado con argumentos ingenioso.

nemos examinar varias otras Escrituras que han sido deliberadamente [seleccionadas para este propósito].

2. 2 Pedro 3:9

Quizás este es el pasaje que ha presentado la mayor dificultad para aquellos que han visto pasaje tras pasaje en las Sagradas Escrituras, y este pasaje enseña claramente la elección de un número limitado para salvación, nos referimos a 2 Pedro 3:9: “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”.

Lo primero que se debe decir sobre el pasaje anterior es que, como todas las demás Escrituras, debe entenderse e interpretarse a la luz de su contexto. Lo que hemos citado en el párrafo anterior es solo una parte del versículo, ¡de hecho es la última parte del versículo! Con seguridad todos deberán admitir que la primera mitad del versículo debe tenerse en cuenta. Muchos suponen que las palabras “ninguno” y “todos” se deben entender sin tener en cuenta ninguna consideración; ¡pero para establecer el significado que muchos suponen que tienen estas palabras, primero deberían demostrar que el contexto se refiere a toda la raza humana! Y si esto no se puede demostrar, si no hay una premisa que lo justifique, entonces la conclusión también debe ser injustificada. Entonces, meditemos en la primera parte del versículo.

“El Señor no retarda su promesa”. Tenga en cuenta que dice “promesa” en singular, no “promesas”. ¿A cuál promesa se refiere? ¿La promesa de salvación? ¿Dónde, en toda la Escritura, Dios ha prometido salvar a toda la raza humana? ¿Dónde? No, la “promesa” a la

que se hace referencia aquí no se trata de la salvación. ¿De qué se trata entonces? El contexto nos lo dice.

“sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento?” (vv. 3-4). El contexto luego se refiere a la promesa de Dios de enviar de regreso a Su amado Hijo. Pero han pasado muchos siglos y esta promesa aún no se ha cumplido. Es cierto, pero por mucho que nos parezca una demora, el intervalo de tiempo es corto en el cálculo de Dios. Como prueba de esto, se nos recuerda: “Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día” (v.8). En el cálculo del tiempo de Dios, han pasado menos de dos días desde que prometió enviar a Cristo de regreso.

Aún más, la demora del Padre en enviar de regreso a Su amado Hijo no solo se debe a que no hubo una “debilidad” de Su parte, sino que también es ocasionada por Su “paciencia”. ¿Su paciencia hacia quiénes? El versículo que estamos considerando ahora nos dice: “sino que es paciente para con nosotros”. ¿Y a quiénes se refiere con la palabra “nosotros”? ¿La raza humana? ¿O se refiere al pueblo de Dios? A la luz del contexto, esta no es una pregunta abierta sobre la que cada uno de nosotros tenga la libertad de formarse una opinión. El Espíritu Santo lo ha definido. El versículo inicial del capítulo dice: “Amados, ésta es la segunda carta que os escribo”. Y nuevamente, el versículo inmediatamente anterior declara: “Mas, oh amados, no ignoréis esto”, etc. (v.8). La frase “para con nosotros” significa entonces los “amados” de Dios. Aquellos a quienes se dirige su epístola son “los que habéis alcanzado [no “ejercita-

do”, sino “alcanzado” como don soberano de Dios] “una fe igualmente preciosa que la nuestra” “por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo” (2Pe 1:1). Por lo tanto, decimos que no hay lugar para una duda, una sutileza o un argumento: así que la frase “para con nosotros” significa: los elegidos de Dios.

Citemos ahora el versículo como un todo: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”. ¿Podría haber algo más claro? Aquellos llamados “ninguno” que Dios no quiere que perezcan son también aquellos referidos como “para con nosotros”, para con los cuales Dios es “paciente”, son los mismos “amados” de los versículos anteriores. 2 Pedro 3:9 significa, entonces, que Dios no enviará de regreso a su Hijo “hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles” (Rom 11:25). Dios no enviará de regreso a Cristo hasta que se reúna el “pueblo” que Él ahora está “tomando” de los gentiles (Hch 15:14). Dios no enviará de regreso a Su Hijo hasta que el cuerpo de Cristo esté completo, y eso no será hasta que los que Él ha elegido para ser salvos en esta dispensación le hayan sido traídos. Gracias a Dios por su “paciencia” “para con nosotros”. Si Cristo hubiera regresado hace veinte años, el escritor [habría] quedado atrás para perecer en sus pecados. Pero eso no fue posible, entonces Dios por su gracia retrasó la segunda venida. Por la misma razón, todavía está retrasando Su advenimiento. Su propósito decretado es que todos sus elegidos se arrepientan y lo harán. El presente intervalo de gracia no terminará hasta que la última de las “otras ovejas” de Juan 10:16 estén a salvo; entonces Cristo regresará.

3. Ninguna de sus ovejas resistirá al Espíritu Santo.

Al exponer la soberanía de Dios el Espíritu en la salvación, hemos demostrado que Su poder es irresistible, que, por Sus operaciones de gracia sobre y dentro de ellos, Él “obliga” a los elegidos de Dios a venir a Cristo. La soberanía del Espíritu Santo se establece no solo en Juan 3:8, sino que se afirma también en otros pasajes; pero en este pasaje se nos dice: “El viento sopla de donde quiere... así es todo aquel que es nacido del Espíritu”. En 1 Corintios 12:11, leemos: “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere”. Y nuevamente, leemos en Hechos 16:6-7: “Y atravesando Frigia y la provincia de Galacia, les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia; y cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió”. Vemos así cómo el Espíritu Santo interpone su voluntad soberana en oposición a la determinación de los apóstoles.

Pero, se objeta contra la afirmación de que la voluntad y el poder del Espíritu Santo sean irresistibles, pues dicen que hay dos pasajes, uno en el Antiguo Testamento y el otro en el Nuevo, que parecen militar en contra de esta conclusión. Dios dijo en la antigüedad: “No contendrá mi espíritu con el hombre” (Gn 6:3); y a los judíos, Esteban declaró: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? (Hch 7:51-52). Si entonces los judíos “resistieron” al Espíritu Santo, ¿cómo podemos decir que Su poder es irresistible? La respuesta se en-

cuenta en Nehemías 9:30: “Les soportaste por muchos años, y les testificaste con tu Espíritu por medio de tus profetas, pero no escucharon”. Fueron las operaciones externas del Espíritu lo que Israel “resistió”. Era el Espíritu hablando por y a través de los profetas a los que “no escucharon”. No fue nada que el Espíritu Santo obró en ellos lo que “resistieron”, sino que rechazaron los motivos presentados a ellos por medio de los mensajes inspirados de los profetas.

Quizás ayude al lector a captar mejor nuestro pensamiento si lo comparamos con Mateo 11:20-24: “Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ¡Ay de ti, Corazín!”, etc. Nuestro Señor aquí pronuncia ayes sobre estas ciudades por no haberse arrepentido por medio de las “obras poderosas” (milagros) que Él había hecho ante sus ojos, ¡y no debido a ninguna operación interna de Su gracia! Lo mismo ocurre con Génesis 6:3. Al comparar con 1 Pedro 3:18-20, se verá que fue por y a través de Noé que el Espíritu de Dios “luchó” con los antediluvianos. Andrew Fuller (1754-1815; otro escritor fallecido hace mucho tiempo de quien nuestros lectores modernos podrían aprender mucho) resumió hábilmente la distinción señalada anteriormente así: “Hay dos tipos de influencias por las cuales Dios obra en la mente de los hombres. Primero, lo que es común y que se efectúa ordinariamente por medio de motivos presentados a la mente para su consideración; segundo, lo que es especial y sobrenatural. El primero no contiene nada misterioso, como tampoco la influencia de nuestras palabras y acciones entre sí; el otro es un misterio tal que no sabemos nada de él sino por sus efectos. El primero debería ser eficaz;

pero el último lo es con seguridad”. La obra del Espíritu Santo externa hacia los hombres siempre es “resistida” por ellos; pero su obra en el interior del hombre siempre es exitosa. ¿Qué dicen las Escrituras? Dicen: “el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará” (Fil 1:6).

4. ¿Por qué predicar el evangelio a toda criatura?

La siguiente pregunta a considerar es: ¿Por qué predicar el evangelio a toda criatura? Si Dios el Padre ha predestinado solo a un número limitado para ser salvos, si Dios el Hijo murió para efectuar la salvación solo de aquellos que le fueron dados por el Padre, y si Dios el Espíritu no está tratando de dar vida a nadie excepto a los elegidos de Dios, entonces ¿cuál es el propósito de proclamar el evangelio al mundo en general?, y ¿cuál es el punto de decirles a los pecadores que todo aquel que cree en Cristo no se perderá, mas tendrá vida eterna (*véase* Jn 3:16)?

Primero, es de gran importancia que tengamos claro la naturaleza del evangelio mismo. El evangelio son las buenas nuevas de Dios acerca de Cristo y no acerca de los pecadores: “Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo” (Rm 1:3). Dios habría proclamado por todas partes el hecho asombroso de que Su propio y bendito Hijo se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” (Fili 2:8). Pues debe darse un testimonio universal del incomparable valor de la persona y obra de Cristo. Note la palabra “testimonio” en Mateo 24:14. El evangelio es el “testimonio” de Dios de las perfecciones de

Su Hijo. Note las palabras del apóstol: ¡“Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden” (2Co 2:15)!

Con respecto al carácter y contenido del evangelio, hoy prevalece la mayor confusión. El evangelio no es una “oferta” para ser difundida por vendedores ambulantes evangélicos. El evangelio no es una mera invitación, sino una proclamación acerca de Cristo; y esta es la verdad, lo crean los hombres o no. A nadie se le pide que crea que Cristo murió por él en particular. El evangelio, en resumen, es este: Cristo murió por los pecadores, tú eres un pecador, cree en Cristo y serás salvo. En el evangelio, Dios simplemente anuncia los términos bajo los cuales los hombres pueden ser salvos (es decir, el arrepentimiento y la fe), e indiscriminadamente, a todos se les ordena cumplirlos.

En segundo lugar, el arrepentimiento y la remisión de los pecados deben predicarse en el nombre del Señor Jesús a “todas las naciones” (Lc 24:47), porque los elegidos de Dios están “dispersos” (Jn 11:52) entre todas las naciones, y es por la predicación y el oír del evangelio que son llamados de entre el mundo. El evangelio es el medio que Dios usa para salvar a sus propios escogidos. Por naturaleza, los elegidos de Dios son hijos de ira, “lo mismo que los demás”, son pecadores perdidos que necesitan un Salvador, y sin Cristo no hay solución para ellos. Por lo tanto, deben creer en el evangelio antes de poder regocijarse en el conocimiento del perdón de los pecados. El evangelio es el aventador de Dios: porque separa la paja del trigo y recoge este último en su granero.

En tercer lugar, debe notarse que Dios tiene otros propósitos en la predicación del evangelio además de la

salvación de sus propios elegidos. El mundo existe para el bien de los elegidos, sin embargo otros se benefician del mundo también. Entonces, la Palabra se predica por causa de los elegidos, pero otros tienen el beneficio de un llamado externo. El sol brilla aunque los ciegos no lo vean. La lluvia cae sobre montañas rocosas y desiertos áridos, así como sobre los valles fructíferos; así también, Dios permite que el evangelio llegue hasta los oídos de los no elegidos. El poder del evangelio es una de las agencias de Dios para contener la maldad del mundo. Muchos de los que nunca son salvados por el evangelio son reformados, sus concupiscencias se refrenan y se les impide empeorar. Además, la predicación del evangelio a los no elegidos se convierte en aquello que prueba el carácter de ellos de manera admirable. Expone a los pecadores empedernidos su pecado; demuestra que sus corazones están enemistados contra Dios; justifica la declaración de Cristo de que “los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Jn 3:19).

Finalmente, es suficiente que sepamos que se nos manda que prediquemos el evangelio a toda criatura. No nos corresponde a nosotros razonar sobre la coherencia entre esto y el hecho de que «pocos son los elegidos». Nos corresponde obedecer. Es cosa fácil hacer preguntas sobre los caminos de Dios que ninguna mente finita puede sondear completamente. Nosotros también podríamos volvernos y recordarle al objetor que nuestro Señor declaró: “De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón” (Mr 3:28-29), y no puede haber ninguna duda de que algunos de los judíos eran cul-

pables de este mismo pecado (*véase* Mt 12:24, etc.) y, por tanto, la destrucción [de estos judíos] sería inevitable. Sin embargo, apenas dos meses después, ordenó a sus discípulos que predicaran el evangelio a toda criatura. Cuando el objetor pueda mostrarnos la coherencia de estas dos cosas —el hecho de que algunos de los judíos habían cometido el pecado imperdonable, y el hecho de que a ellos se les iba a predicar el evangelio— nos comprometeremos a proporcionar una solución más satisfactoria que la dada anteriormente para armonizar entre una proclamación universal del evangelio y una limitación de su poder salvífico hacia aquellos que Dios ha predestinado para ser conformados a la imagen de su Hijo.

Una vez más, decimos, no nos corresponde a nosotros razonar sobre el evangelio; es nuestro deber predicarlo. Cuando Dios le ordenó a Abraham que ofreciera a su hijo en holocausto, él pudo haber objetado que este mandamiento era inconsistente con Su promesa: “en Isaac te será llamada descendencia” (Gn 21:12). Pero en lugar de discutir, obedeció y dejó que Dios armonizara su promesa y su precepto. Jeremías podría haber argumentado de que Dios le había ordenado que hiciera lo que era completamente irrazonable cuando dijo: “Tú, pues, les dirás todas estas palabras, pero no te oirán; los llamarás, y no te responderán” (Jer 7:27); sin embargo, el profeta obedeció. Ezequiel también podría haberse quejado de que el Señor le estaba pidiendo algo difícil cuando dijo: “Hijo de hombre, ve y entra a la casa de Israel, y habla a ellos con mis palabras. Porque no eres enviado a pueblo de habla profunda ni de lengua difícil, sino a la casa de Israel. No a muchos pueblos de habla profunda ni de lengua difícil, cuyas palabras no entiendas; y si a ellos

te enviara, ellos te oyeran. Mas la casa de Israel no te querrá oír, porque no me quiere oír a mí; porque toda la casa de Israel es dura de frente y obstinada de corazón” (Ez 3:4-7).

Pero, alma mía, aunque la verdad sea tan brillante que deslumbre y confunda tu vista, aun así obedece Su Palabra escrita, Y espera el gran día decisivo. —*Isaac Watts (1674-1748)*

Bien se ha dicho:

El evangelio no ha perdido nada de su antiguo poder. Es, igual de poderoso hoy como cuando se predicó por primera vez, es “poder de Dios para salvación”. El evangelio no necesita que se le tenga lástima, ni necesita ayuda, ni una sirvienta. Puede superar todos los obstáculos y derribar todas las barreras. No es necesario usar ningún dispositivo humano para preparar al pecador para recibirlo, porque si Dios lo ha enviado, ningún poder puede impedirlo; y si Él no es quien lo envía, ningún poder podría hacerlo efectivo. —*Dr. E. W. Bullinger (1837-1913)*

